

ALBERTO PIRIS

General de Artillería. Miembro del Centro de Investigación para la Paz



La lección de los «cascos azules»

LAS vicisitudes a las que se han visto sometidos los «cascos azules» españoles en Mostar, en cumplimiento de su misión de apoyo a los envíos de la ayuda humanitaria organizados por el ACNUR, muestran lo insólitas que pueden resultar muchas de las operaciones de mantenimiento de la paz. Una muchedumbre de hombres, mujeres y niños bloqueando el regreso de los expedicionarios a sus bases de origen no es, en modo alguno, el tipo de «enemigo» que cabe encontrar en una acción militar.

No se trata aquí de la simple manipulación de poblaciones para alcanzar los objetivos políticos del Estado, como sucedió con la llamada «marcha verde» que inició la descolonización del Sahara Occidental y con las invasiones pacíficas que terminaron la ocupación portuguesa de sus enclaves en la India. Bosnia no es un Estado, propiamente organizado, con cadenas claramente estructuradas de responsabilidad y dirección política, sino un conglomerado de pueblos, sobre los que se superpone un heterogéneo dispositivo militar, dirigido, mal que bien, por unas élites políticas rivales.

GUERRA NACIONALISTA.— Misha Glenny, especialista en asuntos balcánicos, afirmaba recientemente en *The Guardian*, que las guerras que vienen asolando lo que fue Yugoslavia comenzaron como un conflicto entre minorías políticas de Serbia, Eslovenia y Croacia, de modo que sólo durante la anterior guerra en Croacia el conflicto se convirtió en una guerra nacionalista; de modo que la actual guerra en Bosnia no es sino el resultado del forcejeo entre serbios y croatas por redefinir las fronteras de sus nuevos estados nacionales sobre una base étnica. Esto es percibido únicamente por una dispersa pléyade de dirigentes políticos y militares, mientras que el pueblo, en su mayor parte, sólo advierte su miseria creciente, su hambre, sus muertos, su desesperación. Es esta última la que, en ocasiones, les puede empujar a realizar acciones como el bloqueo —por ahora pacífico— al que han sometido al convoy de ACNUR escoltado por tropas de la agrupación española.

Por insólita que resulte esta situación, no obstante, hay que considerar que es posible

que hechos de análoga naturaleza, o quizá aún más desusados, se produzcan en el desarrollo de las misiones de los «cascos azules», dado que es casi seguro que va a aumentar el número de misiones de pacificación de Naciones Unidas en territorios donde —como también viene sucediendo en Somalia— el Estado ha desaparecido virtualmente y el poder lo ostentan jefes militares o políticos que sólo en muy raras ocasiones aceptan la existencia de órganos superiores. Todo esto va a obligar, de modo irremediable, a imaginar nuevas formas de actuación de las tropas al servicio de Naciones Unidas. Como afirmaba en el *International Herald Tribune* Brian Urquhart, el anterior subsecretario de la ONU tan implicado actualmente en aportar ideas para una reno-

nacional y dirigidas también por el Consejo de Seguridad, que no se propongan simples objetivos militares, sino que se esfuercen por lograr fines políticos —tales como acordar un alto el fuego o el desarrollo de unas elecciones—, pero que puedan arriesgarse a entablar combate, según las formas clásicas de la guerra, para controlar la violencia desencadenada por las facciones en lucha y poner en marcha los procesos políticos de pacificación.

ADIESTRAMIENTO ESPECIAL.— Mientras no ocurra esto, los «cascos azules» en misión de mantenimiento de la paz, como sucede ahora en Bosnia, estarán expuestos a vicisitudes cada vez más sorprendentes, producto de una guerra que continúa implacable entre los bandos enfrentados, a la vez que se intenta ayudar desde fuera a los pueblos que padecen los efectos de esas contiendas. Esto ocurre hoy en los Balcanes, pero mañana quizá se produzca en el Cáucaso, en África o en Asia. Mientras tanto, es deseable que en todos los países implicados en la causa de la paz y del respeto al derecho internacional se empiece a tomar en serio la preparación y el adiestramiento especiales que deben recibir sus ejércitos, o partes específicas de ellos, para ser instruidos en las peculiaridades del mantenimiento de la paz; que en las academias militares se expliquen los modos de actuar de los «cascos azules» y, preferentemente, que bajo los auspicios de la ONU se desarrollen —siguiendo el modelo ya adoptado por algunos países escandinavos— verdaderas academias militares para misiones de pacificación internacional.

vación de esta organización, el verdadero problema de difícil solución, en lo que hasta hace pocos años fue Yugoslavia, es que sin que se produzca un alto el fuego real no puede haber acciones de mantenimiento de la paz desarrolladas con eficacia por los «cascos azules», pero sin la presencia de éstos es poco probable que se alcance el alto el fuego. Hará falta, por tanto, la creación de un tipo intermedio de misiones, entre las de pacificación forzada —al estilo de lo que fue la guerra del Golfo— y las de mantenimiento de la paz, que corran a cargo de unidades militares de naturaleza inter-

CONTRA LA CONFUSION

El despropósito de la izquierda

ANTONIO GARCIA-TREVIJANO

NADA, en la historia de España, ha sido democrático. Ni de acción ni de pensamiento. Nuestra cultura política, como todas las que provienen de la Revolución legada por los historiadores del XIX, no contiene un solo atisbo de propósito democrático. Pero tiene por dogma que el moderno parlamentarismo, aunque no represente a los electores, es la forma política que define a la democracia. Una fe de carbonero nos hace conculgar con la pétrea idea de que el régimen de partidos, instalado en el Estado, es la genuina democracia. Sin embargo, se trata de un dogma falso que no puede resistir su confrontación con la realidad o con la idea que pretende encarnar. El régimen que santifica está tan alejado de la democracia, como pueda estarlo de la dictadura que sustituyó. Y si hablamos con rigor, desde el punto de vista de la constitución y ejercicio del poder (de arriba a abajo y sin control efectivo), está más cerca de la dictadura. Y no estamos hablando de una democracia ideal (participativa, directa), ni de la que tendría una sociedad altamente civilizada (auténtica), sino de la democracia formal, mal llamada burguesa, a la que todo pueblo adulto puede aspirar, porque consiste en unas simples reglas de juego para que los gobernados diseñen, controlen y depongan a sus gobernantes.

Si la izquierda considera que la libertad sólo puede estar garantizada por una oligarquía de partidos, que explique entonces por qué nos da gato liberal por liebre democrática. Una izquierda que participa en tal engaño, sabiendo que el pueblo está excluido de la soberanía (reside en los jefes de partido), no es izquierda genuina. El engaño está en hacer creer que donde hay libertad hay democracia, confundiendo la condición de una relación horizontal entre iguales con el régimen de poder de una relación vertical entre desiguales; una regla de autonomía personal con una forma de gobierno y de Estado. De este modo se echa sobre los electores una responsabilidad que pertenece, en exclusiva, a los partidos. La libertad es condición necesaria, pero no suficiente, de la democracia. La monarquía constitucional fue ideada para que la libertad fuera compatible con la ausencia de democracia en el poder ejecutivo. Y por eso se creyó que la República traería la democracia. Error que costó caro en ambos lados del Atlántico. Pero los gobernantes de allá tuvieron la grandeza moral de saber rectificar, cambiando su Constitución parlamentaria por otra democrática, que introdujo la división del poder como garantía efectiva de la sociedad y de los individuos, contra el abuso de autoridad. Mientras que en Europa ha persistido la confusión revolucionaria de parlamentarismo y democracia, pese a la precoz advertencia de Miranda: «Dad al cuerpo legislativo el derecho de nombrar los miembros del poder ejecutivo y la libertad política dejará de existir».

La clandestinidad y la cárcel, el fracaso de la izquierda tampoco le enseñó nada. Lo único que se le ocurrió fue ocupar, junto con la derecha, el Estado dejado vacante por los dictadores que la vencieron. Los partidos se han convertido así en elementos constitutivos del Estado, de una organización que cada generación recibe en herencia forzosa y transmite a la siguiente con nuevos medios de dominación, y donde el poder se transforma en un tipo de autoridad que la sociedad no puede rechazar. En ese Estado involuntario, que trae en sus entrañas la tradición absolutista y totalitaria que lo hizo moderno, en ese Estado inconsciente, que sincretiza toda autoridad, se han instalado los partidos voluntarios de la izquierda para darle su voluntad y conciencia. Han abandonado la razón de su eminencia representativa de la sociedad, asumiendo como razón vital la del Estado que los financia. No es posible un mayor despropósito. La izquierda murió cuando se hizo estatal. En el Este y el Oeste. La música de su discurso disonante es la de sus funerales. Pero el propósito de civilizar el Estado, desde la sociedad, es tarea democrática que puede y debe acometerse con ideas y acciones liberadas de los prejuicios y utopías izquierdistas que han dado el triunfo a la reacción.

e

s deseable que se empiece a tomar en serio el adiestramiento que deben recibir los ejércitos para ser instruidos en las peculiaridades del mantenimiento de la paz